

Aragón en las ideas estratégicas del Cid Campeador y del Rey Batallador

Miguel Alonso Baquer (*)

Las ideas estratégicas del Cid tuvieron, en lo esencial, por escenario preferente las campañas que rodeaban al reino musulmán de Zaragoza. Las ideas estratégicas del Batallador se aplicaron algo más tarde sobre el mismo escenario. De aquí que no sea inoportuno encadenarlas en el tiempo sobre lo que les era común, el espacio aragonés y concretamente la coyuntura histórica de la invasión almorávide. Aragón estuvo en la base de partida, tanto de las hazañas del héroe castellano como de las del héroe aragonés. Y ambas experiencias pueden ser tomadas como antecedentes de los triunfos de dos grandes reyes: Fernando III el Santo y Jaime I el Conquistador.

Todos los medievalistas están conformes en considerar a la Reconquista como una modalidad bélica que no debe identificarse con la Guerra Santa ni con la Cruzada. Aún menos conviene en su estilo confundirla con «la teatral y a las veces con rasgos de ballet violencia de las guerras señoriales y nobiliarias ultrapirenaicas». La Reconquista tuvo la rudeza y la auténtica violencia de una guerra nacional. La síntesis que añade SÁNCHEZALBORNOZ a ésta cita lo dice magistralmente:

«Toda colonización fronteriza ha favorecido la liberación de las clases rurales».

A uno y otro lado del año 1100, las ideas estratégicas del Cid y del Batallador se inscriben dentro del mismo contexto. La conducción que ambos caudillos hacen de las operaciones militares estuvo permanentemente animada por el impulso de la liberación del campesinado, en el doble sentido de libe-

(*) General de Brigada de Infantería. Doctor en Historia.

ración del poder extraño de estructura imperial nacido al sur de Gibraltar —el almorávide—, y de liberación del sistema social imperante al norte del Pirineo —el feudal.

Ciertamente que la mozarabía que CAMÓN AZNAR atribuye al Cid (o el democratismo castellano que SÁNCHEZ-ALBORNOZ pone en las bases de su prestigio) hacía a Rodrigo Díaz de Vivar más impermeable a la influencia feudal que lo sería el rey aragonés. Pero aun siendo así, no cabe duda que los esfuerzos de uno y otro se apoyaron en el noble afán por instalar sobre la Península Ibérica unas estructuras de poder independientes tanto de la presión militar islámica, que procedía del unitarismo puritano del Atlas, como de la influencia (social y política) feudalizante, que venía del corazón de Europa.

1. LOS TRES PLANOS DEL RAZONAMIENTO ESTRATÉGICO

Para transferir al lenguaje moderno las ideas estratégicas del Campeador y del Batallador, ambas previas a las ideas de Fernando III y de Jaime I (en estos casos más políticas que estratégicas), nada más adecuado que la definición de los tres planos donde es posible fijar actualmente los tres razonamientos: el de la estrategia total, el de la estrategia general y el de la estrategia operativa.

El plano de la estrategia total se refiere a la finalidad política de cada conflicto bélico. Es el balance de unas relaciones exteriores. El plano de la estrategia general se orienta hacia la formación del instrumento militar que mejor se ajuste al tipo de guerra previsto. Es el fruto de una política militar. El plano de la estrategia operativa se aplica al modo de conducir los Ejércitos hacia sus objetivos. Es el resultado de la doctrina de empleo de las unidades.

El Cid Campeador, por su condición de caballero leal a los reyes de Castilla, tardaría algunos años en ganar el plano de la estrategia general. Muchos años más habrían de transcurrir hasta que le veamos convertido en conductor de Ejércitos que cumplen planes de operaciones coherentes con una estrategia total por él mismo determinada.

En su juvenil intervención en la batalla de Graus, en sus actuaciones como alférez de Sancho II durante las batallas de Llantada y Golpejera y en su participación en el cerco de Zamora, Rodrigo Díaz se comporta como un estratega operativo de pura inspiración táctica. A partir de la jura de Santa Gadea y de los acontecimientos del año 1081, que dan a sus enemigos el pretexto para que Alfonso VI le destierre, el Cid ha de asumir la responsabilidad de concebir una estrategia general al servicio de la mera supervivencia de la gente armada que le sigue con asombrosa fidelidad. Por último, la conquista de Valencia le convierte en director de una estrategia total de la que ya no se apeará hasta su muerte, pese a quien pese. Mientras vivió Rodrigo, su estrategia total de protectorado de judíos, moros y cristianos frente a los almorávides fue coherente con la última finalidad de la Reconquista.

Alfonso el Batallador en su condición de rey de Aragón, hubo de asumir en su biografía, quizá impensadamente, a causa de la muerte de su hermano, una estrategia total en la que el reino de Aragón le secunda, porque ha comprendido el significado de la obra, entonces abandonada por Castilla, del Cid Campeador. La reaparición en el alma de Alfonso el Batallador de las ideas estratégicas del Cid es, posiblemente, el acontecimiento militar más importante de la historia del Reino de Aragón de comienzos del segundo milenio.

En 1104, al comienzo de su reinado, Alfonso I posee ya las experiencias militares que se derivaban de la estrategia operativa de su padre Sancho Ramírez —conquista de las plazas de Alquézar (1067), Ayerbe (1083) y de Graus (1087)—. Vivencia, mejor que experiencia, tiene de las conquistas de Monzón en 1089 y de Huesca en 1096, ahora junto a su hermano Pedro I, al igual que de Barbastro en 1100. Pero la fecha más decisiva será la de 1086 —llegada de los almorávides a la Península Ibérica—. Si lo fue para la transformación profunda de la estrategia castellana del Cid Campeador, mucho más lo sería para la formación militar de un niño de diez años que, por encargo de una madre francesa, se educaba en el Monasterio de San Pedro de Sireña en el respeto a las instituciones pontificias.

«En la batalla de Alcoraz —ha escrito José María LACARRA, su excepcional biógrafo—, que decidió la conquista de Huesca, Alfonso manda la vanguardia de las tropas aragonesas... Tenía veintitrés años. Muy pocos años después... acudía con su hermano, Pedro I, en socorro del Cid Campeador y tomaba parte en la batalla de Mallén. El futuro rey tenía así la oportunidad de conocer los campos que sus tropas habían de recorrer victoriosas más adelante y, a la vez, de informarse acerca de la nueva táctica guerrera de los almorávides, con los que tendría que contender en años sucesivos».

Aragón, en definitiva, quedaba como el escenario común de las dos hazañas históricas cumplidas por ambos caudillos.

2. LAS IDEAS ESTRATÉGICAS DEL CAMPEADOR

El Cantar de Mío Cid (que es una interpretación popular del comportamiento real de los leales amigos y de los envidiosos enemigos del prohombre de Castilla) nos ofrece una visión inmediata a los hechos, acerca del modo de combatir y de razonar Rodrigo Díaz de Vivar en las tres etapas ya citadas de su pensamiento estratégico.

En la primera, la anterior al destierro, Rodrigo es sólo un combatiente decidido que se pone tanto al servicio de Sancho II como al de Alfonso VI: «oyólo el Cid Ruy Díaz —nos cuenta el Cantar para explicar el conflicto entre los reyes moros de Granada y Sevilla, siendo sólo éste vasallo del rey de

Castilla— ... y fue hacia ellos y lidió con ellos en batalla campal que duró desde la hora tercia hasta mediodía».

Esta primera etapa no interesó apenas al famoso juglar de Medinaceli porque aquel comportamiento respondía exactamente al ideal de la época. El Cantar, que al aludir al Cid repite constantemente la frase: «que en buena hora ciñó espada», se goza mucho más en los aciertos de la segunda etapa del pensamiento estratégico cidiano. El destierro le convierte en cabeza de una fuerza espontáneamente organizada, que por su enorme volumen entraña la resolución de un difícil problema militar. Corresponde esta segunda etapa en la estrategia del Cid a su presencia en la ciudad de Zaragoza.

«Por seguirle —se nos dice en la cuidada versión al castellano moderno de Martín de Riquer—, unos abandonaron sus casas, otros sus heredades. Ese mismo día pasaban el puente del Arlanzón ciento quince jinetes preguntando por dónde anda el Cid. Martín Antolínez se les une y juntos se encaminan hacia San Pedro, donde está el bienhadado».

«Cuando el Cid vio que su compañía aumentaba y con ello sus esperanzas de ganarse fácilmente la vida, sale a caballo a recibirlos. El Cid dijo animosamente:

—Ruego a Dios, Padre Espiritual, que pueda hacernos algún bien a cambio de las heredades y casas que así habéis dejado por seguirme. Doblado habéis de cobrar lo que perdéis».

En realidad, la orden de destierro de Alfonso VI de Castilla contra Rodrigo suponía para los amigos del Cid la esperanza en la creación de un nuevo poder, independiente del rey, dotado de fuerza para hacerse con territorios, pero sin el menor derecho para conquistarlos. Aquí estaba el punto más grave de la aventura.

La mentalidad jurídica y militar del Cid captó al punto la envergadura de su problema. Para sostener ese Ejército precisaba dotarse de un espacio capaz para todos, y necesitaba también mitigar a toda costa las reacciones que contra su aparente pretensión de crear una nueva soberanía podría concitar el soberano del territorio ocupado por su tropa. Es exactamente lo que logró instalándose en Zaragoza musulmana.

Nada tan ajustado a tales fines como la inmediata proclamación de la inquebrantable decisión de seguir siendo vasallo del rey de Castilla o como la notoria actitud de respeto hacia las personas y hacia los bienes afectados por su anómala situación jurídica. En definitiva, ¡Nunca una guerra total! Sus combates tendrán siempre objetivos limitados. Y, cuando simplemente acampe o acantone, dejará a las claras su condición de señor de una fuerza disciplinada. Veamos el modo de operar del Cid:

Para entrar en el reino moro de Toledo ordena a sus hombres caminar de noche. «El Cid —dice el Cantar— tiene empeño en no ser sentido. Toda la noche anduvieron sin descansar. Cerca del lugar que llaman Castejón de Henares, el Cid se puso a preparar la emboscada».

La idea estratégica fundamental sigue siendo, incluso después de la victoria, la de no ser sentido.

«Mandó repartir cuanto antes la ganancia... No ha querido traer consigo cautivos ni cautivas... Demos libertad a cien moros y cien moras a fin de que no digan mal de mí por lo que les quito... Y mañana por la mañana saldremos, porque no quisiera lidiar con Alfonso, mi señor».

La estrategia general cidiana se ajustó a las mismas limitaciones a la hora de acampar cerca de Alcocer. Para dejar patente su simple deseo de ser respetado «... hizo decir que nadie se atreviera a asaltarlo de día o de noche, y que tuvieran entendido que allí era la mora del Cid». Sólo cuando la actitud de los musulmanes deja de ser respetuosa con su morada pondrá en marcha el Cid el ardid adecuado para la conquista de Alcocer.

«El Cid, al verles hizo como que huía... Y (los suyos) se revuelven ca ellos en mitad de la llanura... y pronto se metieron entre los moros y el castillo».

Todas las batallas del Cid en el Cantar aparecen precedidas de un pensamiento estratégico, en el que la hábil dialéctica del Campeador sitúa al enemigo en el lugar del agresor. Cuando se produce la reacción musulmana contra su larga presencia en la ciudad de Alcocer, el plan cidiano alcanza una cumbre de penetración psicológica en las intenciones del enemigo:

«Ya nos han quitado el agua los moros y puede faltarnos el pan de noche, no nos dejarán. Sus fuerzas son grandes para que luchemos contra ellos. Todas las soluciones parecen malas. Pero cualquiera de ellas realizada por sorpresa puede conducir a la victoria: Salgamos todos, no quede nadie, pero no os adelantéis mientras no os lo mande».

3. EL PROTECTORADO COMO LA SOLUCIÓN POLÍTICA DE UN PROBLEMA MILITAR

Al Cantar no le interesó demasiado la fase vivida por el Cid en la corte del rey moro de Zaragoza. La idea estratégica fundamental, apuntada ya en las primeras jornadas del destierro, le parece mucho más significativa. El Cantar quiere que el Cid sobreviva discretamente a la desgracia del destierro, sin mengua de la libertad de acción de su fuerza. Por eso vuelve a encontrar su espíritu en las palabras con que el Cid despide a Minaya cuando su lugarteniente es admitido de nuevo en Castilla:

«De lanza y espada hemos de valernos: de otra suerte, esta escasa tierra no nos daría lo bastante para vivir. Me temo, por eso, que tengamos que irnos a otra parte».

El reencuentro con el verdadero espíritu del Cid salta en el Cantar cuando su tropa ha de decidirse por el choque con el Conde de Barcelona, entonces su perseguidor:

«Sólo a la fuerza nos dejará tranquilos. Si seguimos nos dará alcance: sea, pues, aquí mismo la batalla».

El Cid, para el juglar del Cantar, alcanza la máxima cota de prestigio cuando opera desde la cumbre de un poder indiscutido sobre la guerra y sobre la paz. Es, en frase genial, lo que ocurre desde que comienza a guerrear del lado de la mar salada. «Si queremos vivir tranquilos en esta tierra, fuerza es que les hagamos un gran escarmiento». Y comenta gozoso el poeta: «Y allí se estuvo nueve meses cabales y al décimo se le rindieron». Se trata de Valencia.

El juglar no se recata en confesar el balance final de la victoria del Cid en Valencia: «Los que antes andaban a pie ya son de caballo».

El comportamiento cidiano, sin embargo, recupera por un momento la retórica caballeresca y el ceremonial. Se trata de otorgar recibimiento solemne a doña Jimena:

«Quería a las puertas de Valencia, donde estaba seguro, jurar las armas delante de su mujer y sus hijas».

La distinción entre corte y campaña no puede estar más clara para el Cid.

El protectorado de Valencia en nombre del rey de Castilla era la solución política del problema militar del Cid, pero era también el afortunado hallazgo de una fórmula de alta estrategia que podía frenar los deseos de los reinos de taifas en orden a colocarse bajo la protección del emir de los almorávides, siempre que Alfonso VI le secundara. No se trataba tanto de adelantar más aún la frontera como de hacer soportable a la población musulmana el dominio cristiano. Para ello la libertad de cultos y la pluralidad de códigos tenían que ser garantizadas en todo el Reino. Y también en los demás reinos cristianos del momento.

Sin duda que fue por causa del triunfo en Valencia de la fórmula cidiana de protectorado por lo que, siempre según el Cantar, estalló la hostilidad almorávide contra el Cid.

«Se me ha metido por mis tierras y no quiere agradecérselo sino a Jesucristo, es la frase que el juglar pone en boca del que llama rey de Marruecos. Y manda juntar sus varones y todos acuden hasta reunir cincuenta veces mil armas. Se embarcan, se hacen a la mar, van a Valencia en busca del Cid don Rodrigo. Ya han arribado las naves, ya saltan a la orilla...»

El Cantar nos ofrece el relato apasionado de un mayúsculo ataque almorávide que tiene al Cid por único objetivo y en el que la respuesta del Cid

vuelve a tener la irónica presencia del ideal caballeresco: «Mis hijas y mi mujer me verán lidiar».

Pero inmediatamente detrás del éxito cidiano, el poeta se corrige a sí mismo y vuelve a la serena lucidez del razonamiento estratégico al hacer decir al Cid una de las frases más brillantes de su saber militar: «Hoy es un buen día; mejor será el de mañana». Porque el Cid no trata sólo de vencer sino de triunfar sobre su enemigo en el momento justo en el que su victoria puede ser más decisiva. Carece de nervios y de prisa.

Ocurría el triunfo levantino del Campeador, militar y político, en los mismos días en que al rey de Castilla se le ponían las cosas muy difíciles en la Mancha. Y hace bien MENÉNDEZ PIDAL en atribuir a la invidencia de los asesores de Alfonso VI, es decir, a su envidia, la causa principal de las espantosas derrotas de Sagrajas y Uclés. La estrategia feudal de la acción directa (que los caballeros borgoñeses trajeron a Castilla) debería haber sido sustituida por la estrategia total al modo indirecto que presidía todas las decisiones del Cid Campeador.

La medida, el combatir paso a paso, el negociar las condiciones de la futura convivencia y la apelación oportuna a la fuerza se habían acreditado en manos del Cid como instrumentos eficaces al servicio de un nuevo orden peninsular, en el que no hacían falta ni los ejércitos de masas norteafricanas ni las formaciones señoriales ultrapirenaicas. Los pobladores de la península podían arreglárselos solos.

A la muerte del Cid, Valencia retornó al Islam, pero un rey de Aragón que conoció bien sus enseñanzas tomó de nuevo sobre sus espaldas el ideal estratégico practicado por el caudillo burgalés y lo llevaría al puerto donde sería retomado para Aragón por Jaime el Conquistador.

«Tras la magna empresa del rey de Aragón el panorama cambia totalmente... Frente al emperador único nos encontramos con los Cinco Reinos de España. Si Castilla quiere avanzar en la Reconquista deberá negociarlo con Aragón para señalar los puntos de penetración y las zonas de influencia. Desde mediados del siglo XII toda la Reconquista peninsular será fruto de las alianzas y tratados entre los dos grandes bloques peninsulares: el castellano-leonés y el aragonés-catalán».

Es la tesis de José María LACARRA en «Vida de Alfonso el Batallador», que yo considero una tesis certera del todo.

El eje de operaciones antes frecuentado por las correrías del Cid se confunde prácticamente con el que recorrerán las tropas del rey de Aragón. Alfonso I las prolonga hacia Andalucía, sin perjuicio de emprender otras. Estas otras operaciones son operaciones militares de sentido feudal, en dirección a Compostela y a las plazas del sur de Francia para los reinos peninsulares ciertamente perturbadoras del afán reconquistador nítidamente claro desde la conquista de Toledo, como límite meridional.

Como el Cid, Alfonso el Batallador buscó para las tierras de Iberia una vía media entre el imperialismo almorávide y el feudalismo centroeuropeo. Más idealista que el severo burgalés, se propuso objetivos ambiciosos y lejanos que, si cabían dentro de su gran corazón, no ilusionaron a los grandes de su corte, cada día más próximos al ideal caballeresco de corto radio de acción que les llegaba del otro lado del Pirineo, del corazón del feudalismo. De aquí que hubiera sólo modestos resultados.

4. LAS IDEAS ESTRATÉGICAS DEL BATALLADOR

Al tiempo en que combatía y parlamentaba el Cid en una línea de fortalezas, mucho más retrasada que la de Castilla y León (la línea de seguridad pirenaica) todavía se le obligaba a una estrategia defensiva al entonces rey de Aragón. Sos, Carcastillo, Luesia, Biel, Agüero, Cacavilla y Loarre, como puntos fortificados y la Sierra de Guara, como fortaleza natural, hacían fácil la defensa de los aragoneses.

«Para avanzar sobre la hoya de Huesca, los aragoneses —escribe LACARRA— hubiesen necesitado fuerzas de caballería, máquinas de batir para poder asaltar las ciudades amuralladas y un ejército bastante numeroso para acantonarlo frente a las ciudades sitiadas, completar el cerco y rechazar a la vez a los ejércitos que acudiesen en socorro de la plaza».

Aunque Alfonso I fue el rey que supo pasar de una actitud defensiva a una ofensiva guerrera impregnada de un fuerte espíritu religioso, este nuevo plan estratégico tenía mucho de heredado. Ya Pedro I, el hermano mayor de Alfonso, se había presentado con sus guerreros ante los muros de Zaragoza luciendo la enseña de Cristo. «El ir a Jerusalén —en Cruzada o en peregrinación— era la obsesión de los elementos dirigentes y responsables de la Corte de Aragón, tanto caballeros como eclesiásticos». Era el ideal de las Cruzadas.

Alfonso, tentado hacia la versión feudalizante del espíritu de la Cruzada, tanto por raíces familiares maternas como por personal sensibilidad religiosa, sabrá finalmente vencer la tentación. La guerra que hace el Batallador —nos dice su mejor biógrafo, José María LACARRA— «es un avance zigzageante, en el que se buscan los puntos de menor resistencia. Hay penetraciones espectaculares arriesgadas que dejan a retaguardia puntos fortificados en poder del enemigo y, como en los campos predomina la población musulmana y en las plazas conquistadas apenas puede instalarse una reducida guarnición cristiana, cualquier sorpresa es posible».

Alfonso I el Batallador, como el Cid, ha optado por una reconquista mejor que por una cruzada. Ambos sueñan con darle tierras seguras al campesinado de sus respectivos reinos de Aragón y de Castilla, como la mejor manera de plantar la verdadera cristiandad.

El problema estratégico de Alfonso I, cuando ya es dueño de la hoya de Huesca, se parece mucho al que soportó el Cid una vez conquistada Valencia. Falta el frente continuo y es muy difícil vigilar el extenso territorio con suficiente eficacia. La solución está en el avance de la frontera hacia el Sur.

El animoso Alfonso opta, antes de atacar Zaragoza, por un doble avance por las Cinco Villas y por las tierras de Balaguer y Lérida, en busca de puntos de apoyo y de una línea de vigilancia avanzada. Pero los compromisos dinásticos del «Midi» francés le obligan a intervenir al norte del Pirineo en las crisis de poder ocasionadas por la ausencia de muchos caballeros que se habían desplazado al Oriente en la primera Cruzada.

Las interferencias de este tipo de crisis internas se le presentarían también en la Península a D. Alfonso I. En agosto de 1109, cuando tiene más de treinta y seis años y justificada fama de misógino, contrae matrimonio con Doña Urraca, la heredera de Alfonso VI de Castilla, recientemente fallecido. Alfonso piensa en el refuerzo de la frontera común con el Islam, colocando guarniciones aragonesas en algunas plazas amenazadas como Guadalajara, Gormaz, Segovia y Toledo. Entre ambos reinos, el de Al-Mustain de Zaragoza es el único reino de taifas que sobrevive a la oleada almorávide. En virtud de tal actitud autonómica bien se merecía la tolerancia por parte de los cristianos. Pero no hubo tal cosa.

Y es que Alfonso el Batallador, como el Cid, diferencia su trato respecto al musulmán hispánico y frente al invasor norteafricano. Sólo cuando las intrigas del partido almorávide logren el destronamiento del hijo de Al-Mustain, reaparecerá la idea de la conquista cristiana de Zaragoza, con tanta mayor fuerza cuanto las desavenencias conyugales con Doña Urraca le habían hecho aborrecer los problemas internos de inspiración feudalizante del clero gallego de Gelmírez, de la nobleza leonesa de Ansúrez y de los burgueses de Castilla, realmente agudizados por entonces en toda la península.

Inicialmente Alfonso I perfila su plan de conquista al modo de una cruzada. «Los cronistas musulmanes nos cuentan que, convocados los franceses por el rey de Aragón, "se colocaron bajo su estandarte como enjambres de langostas y hormigas". En su mayoría eran jinetes y arqueros. Un autor árabe dice que concurrieron en número de 50.000 caballeros, cifra notoriamente exagerada» (LACARRA).

«Para derrocar las murallas —precisa el mismo historiador, mostrando rara soltura en el manejo de las armas marciales— los sitiadores venían provistos de elevadísimas torres de madera montadas sobre ruedas, por medio de las cuales podían sus hombres aproximarse a las murallas: trajeron también máquinas tonantes que emplearon contra la ciudad y veinte almajaneques».

El asedio se formalizó el 22 de mayo. Las vicisitudes del sitio nos hablan de la tenacidad del rey aragonés y también de su notable capacidad negocia-

dora. La tregua propuesta por los zaragozanos suponía que, de no ser auxiliados en un plazo de tiempo por ejércitos andaluces, entregarían definitivamente la ciudad al rey cristiano. Alfonso I castigaba a los musulmanes hispánicos que habían pedido refuerzos a los musulmanes africanos.

La capitulación era un modo de salvar el honor de los defensores que Alfonso aceptó, al igual que lo había aceptado el Cid respecto de Valencia. La entrega tuvo lugar el 18 de diciembre de 1118.

«La generosidad de la capitulación —opina LACARRA— responde a una política de benevolencia y de captación ya iniciada por el Cid Campeador en Valencia y que Alfonso I conocía bien tras la visita que había hecho a esta ciudad a raíz de su conquista» ...«El rey, además, envió un cuerpo de tropas para escoltar a los emigrantes hasta la frontera de sus dominios, que todos alcanzaron a salvo, sin ser obligados al pago de ninguna otra pecha o tributo que el mugal».

Era un triunfo del espíritu de la Reconquista sobre el de la Cruzada, aún poco definido. Para consolidarlo era precisa la aceleración del proceso de liberación del campesinado; era necesario que no se adelantara el fenómeno en alza de la solidaridad nobiliaria, es decir, del estamentalismo. Y en esta tarea empeñaría el resto de su vida el propio rey D. Alfonso.

5. LA LIBERACIÓN DE LA CRISTIANDAD CAUTIVA

El rey de Aragón siguió por algún tiempo, bien secundado todavía por todos los estamentos, la estrategia total adecuada a la situación, es decir, el poblamiento de todos los puntos aptos para irradiar poder sobre el valle del Ebro. En 1117, Morella ya había aceptado la soberanía aragonesa. Tudela se le entregó el 25 de febrero de 1119. Muy poco después, en Tarazona, firma análogas bases de capitulación que se rematan con la restauración de la sede episcopal. El 17 de junio de 1120 tiene lugar en Cutanda el éxito militar de sus doce mil jinetes (e incontables infantes) tan elogiado por las crónicas cristianas.

La influencia del pensamiento del Cid en la mentalidad del Batallador no era tanto de estrategia operativa —flexible y ahorrativa la de Rodrigo, directa y entusiasta la de Alfonso—, como de estrategia total —el otorgamiento de nuevas tierras al guerrero campesino—. Pero su condición de rey le permitía tomar otros derroteros (cara al futuro estable de un orden cristiano peninsular) que las típicamente cotidianas.

Para consolidar sus conquistas, Alfonso creyó conveniente la creación de una estructura de defensa constituida por hombres espiritualmente interesados en la posesión del territorio fronterizo. A este fin ordenó el establecimiento de la Cofradía de Belchite, especie de pequeña orden militar cuyos hermanos servirían a Dios luchando toda la vida con los paganos. Los hermanos quedaban

exentos de prestar al rey ningún servicio que fuese dirigido contra los cristianos de otros reinos.

Hay que hacer constar que el Cid, medurado en todo, nunca llevó tan lejos los supuestos ideológicos del conflicto hispano-islámico. Pero hay que reconocer que la línea seguida por el rey Alfonso es la que se impondría en los reinos cristianos de la Península hasta el mismo reinado de los Reyes Católicos por los herederos de Fernando III y de Jaime I.

Alfonso el Batallador intentaba traducir al caso español el ideal que había movido a la creación de las Grandes Ordenes Militares de Tierra Santa. El Temple había sido fundado en 1118.

«La Cofradía de Belchite en la mente del rey Batallador es esencialmente combativa. Su fin era abrir la ruta de Zaragoza al mar para llegar a Jerusalén. Los caminos eran dos: el del Ebro y el de Valencia. Por los dos iniciaría inmediatamente sus ataques y, con ello, la Cristiandad hispana —la Iglesia de Dios—, que permanecía cautiva, sería liberada» (LACARRA).

Para llegar tan lejos la estrategia total alfonsina debía previamente asegurar el dominio territorial de las zonas recién conquistadas. Y a ello se aplicó con su habitual impulsividad, por un método ciertamente aventurado: las expediciones de larga duración que nunca había practicado el Cid.

Y es entonces cuando resuena en sus oídos la voluntad reconquistadora al modo cidiano. La idea política —en Alfonso un ideal cruzado— se atiene a la realidad política más inmediata: la existencia en tierras de Levante, Murcia y Andalucía de miles de cristianos que desde la invasión almorávide habían perdido los restos de libertad de culto y de religión que mantenían con los taifas.

Sin desmentir su personal afán, el Batallador intenta conciliarlo con los impulsos de todos los estamentos de su reino. Trabajaba para asentar aragoneses y navarros lo mismo en las tierras de Extremadura que en Soria. Aceptaba en Aragón castellanos y gascones. Pero en los lugares estratégicos de interés militar asentó únicamente pobladores cristianos. Conseguía de este modo no soliviantar a la nobleza que, en general, prefería permanecer afincada a las plazas de origen en lugar de asentarse en la frontera con el Islam.

La expedición a Andalucía de los años 1125 y 1126 tendía a instaurar en Granada un principado cristiano apoyado por los mozárabes. «Es muy probable —concluye LACARRA— que el ejemplo de Valencia sometida al Cid, a quien había conocido en su juventud, estuviera muy presente en la imaginación del rey de Aragón».

La ruta de Alfonso recuerda los movimientos del Cid, pero los desborda con creces. Pasa junto a Valencia. Desde Alcira domina Peña Cadiella a través de Denia y Játiva. Desde Murcia y Almanzora toma el corredor de Baza y Guadix. Son los movimientos de un ejército que sabe apoyarse en el terreno y elegir las plazas fuertes imprescindibles para el control de la línea de retirada.

Cuando, imposibilitado de entrar en Granada por falta de tren de sitio, gravite hacia las costas de Motril y Salobreña, tomará posesión de las aguas meridionales y se retirará seguro de sí mismo a las tierras de Aragón sin ser derrotado. Miles de mozárabes le acompañan. No se ha colmado el ideal del protectorado, pero se ha materializado una realidad de enormes efectos sociológicos para el futuro de la Reconquista. Los mozárabes liberados impondrán en el Reino de Aragón el afán de defender la frontera, para que la perspectiva de un retorno como vencedores a las ciudades de origen sea mantenida entre los cristianos.

6. EL SIGNIFICADO MILITAR DE UN EXTRAÑO TESTAMENTO

Alfonso se refugiaría de nuevo en el plan interno de política militar que justificó en su día la creación de la Cofradía de Belchite. En Monreal creará la *Militia Christi*, a la manera de las Ordenes de Jerusalén. Porque Monreal es la morada del rey celestial, el rey terrenal se constituyó como un caballero más de la Milicia. La movilidad social ascendente del campesinado cristiano se estimuló de este modo para cubrir los huecos que el alto clero y la nobleza no llenaban en las filas de los ejércitos.

La estrategia operativa, sin embargo, no será cambiada: las expediciones de larga duración, imposibles en doctrina de puro feudalismo, siguen siendo posibles gracias al entusiasmo del rey. En torno de nuevo a Valencia, la batalla de Cullera en el verano de 1129 supuso un nuevo éxito táctico que, sin embargo, no explotó, llamado una vez más por los conflictos ultrapirenaicos.

El asedio de Bayona en octubre de 1130 nos presenta al Batallador en una crisis moral coherente con su cansancio físico. Es el trance de la redacción del extraño testamento que dejaba rota en Aragón la continuidad monárquica. Sólo la confianza en los caballeros entregados al fervor reconquistador merecía su herencia, a juicio del Batallador.

El Batallador dejaba el reino a las tres Ordenes Militares del Oriente: el Temple, el Hospital y el Santo Sepulcro. Tenía al escribirlo 57 años y carecía de descendencia. Su corte se asemejaba a un cuartel o consejo militar en sesión permanente. Estaba constituida por guerreros que mucho tenían de monjes, como dicen las crónicas tanto favorables como adversas a tal situación.

Realmente Alfonso se había convencido de que sólo podían llevar a cabo sus planes o pagando soldada o recompensando con la esperanza de buen botín y de grandes conquistas. Para seguir en el empeño, al margen de tan elevado coste, nada más adecuado que la apelación a los ideales de sus caballeros. Si entre 1117 y 1122 había duplicado con ellos la extensión territorial de sus dominios, ¿por qué no fiarles la continuación de su defensa?

Las capitulaciones que el rey firmó con las ciudades conquistadas fomentaban la persistencia de los musulmanes en el campo. No se les temía. Se les que-

ría asimilar. En las ciudades, con mayor severidad, se tendió al equiparamiento jurídico de judíos, moros y cristianos. Se trataba de llegar a un orden pacífico que quería ser justo para los vencedores y soportable para los vencidos.

Si la población musulmana llegaba a preferir la dominación cristiana —el protectorado, queremos decir— a la prolongación del conflicto bélico con la llamada de nuevas oleadas de africanos, y si el campesinado de los reinos cristianos del norte acertaba a conciliar sus afanes de propiedad de tierra con la presencia de hombres de las otras religiones en las ciudades y en los campos, el problema geopolítico de la península ibérica podría marginarse de las dos soluciones ofrecidas desde el norte del Pirineo y desde el sur de Gibraltar: la imperial almorávide y la feudal borgoñona. Este era el sustrato teórico del plan del agotado Batallador en la hora de su testamento.

Instalado en la misma perspectiva —muy prematura para su tiempo— le había llegado la muerte al Cid. Con análoga obsesión de futuro se produjo para Alfonso el último episodio de su triunfal biografía y el único desgraciado: el sitio de Fraga.

La prolongación del asedio de Fraga llevó al decaimiento del entusiasmo de una parte de la nobleza y, quizás, a alguna traición. Los almorávides, dueños todavía de una cuña islámica en territorios del Ebro, supieron aprovechar la ocasión e hicieron caer por sorpresa sobre los campamentos cristianos una lluvia de lanzas, saetas, dardos y piedras con el positivo resultado para ellos de la descomposición del cerco.

En realidad, el Islam no había dejado de ser poderoso en el Mediterráneo occidental ni un solo día. Desde Tortosa, los almorávides podían socorrer a las ciudades de su obediencia que controlaban el paso por las confluencias con el Ebro de los ríos pirenaicos. El dominio estratégico del arco Barcelona, Tarragona, Tortosa, Murviedro y Valencia no estaba, ni estuvo nunca, al alcance del rey aragonés, ni siquiera al final de su reinado. No eran ellos los llamados a resolverlo.

Ni el Cid ni el Batallador lograron la hegemonía en zona tan capital para la vida y el comercio del Levante cristiano. Pero sus audaces progresos reconquistadores sentaron las bases de la expansión donde más segura podía estar: en la conciencia de sus pueblos. Cuando sea rey Don Jaime el Conquistador, la tendencia geopolítica será sobradamente lograda y aun adelantada hasta las Baleares. Y no es un azar que sea el entronque con Cataluña de una de las hijas del Cid, por una parte, y de Doña Petronila, la hija del hermano monje del Batallador, por otra, la explicación más sencilla del suceso, queremos decir, de la unión catalana-aragonesa, que siguió a estas experiencias.

José María LACARRA no tiene dudas en afirmar: «Si Aragón es lo que ha sido en la historia de España, se debe ante todo a Alfonso el Batallador». Otro tanto podría decir MENÉNDEZ PIDAL respecto al Cid para Castilla.

Y aún hemos de añadir que la resistencia al pluralismo feudalizante, tan acusada en ambos caudillos, contribuyó decisivamente a frenar un proceso de

descomposición evidente en aquellos mismos días en la Península: Portugal pugnaba por hacerse independiente de Castilla. Navarra lo era ya, tanto respecto a castellanos como aragoneses. Castilla y León se separarían en 1157. El ejemplo de solidaridad entre los pueblos de España, sostenido por el Cid, primero, y por el Batallador, después, sería suficiente para devolver las esperanzas. Unas esperanzas que hacían suyas primero en Aragón Jaime I el Conquistador y en Castilla, luego, Fernando III el Santo.